

## SAN ISIDORO, EN LA PEDAGOGÍA

Hay en la vida de los pueblos momentos críticos que llegan a resolverse favorablemente por la voluntad de un solo hombre que concentra en sí las energías disgregadas en la relajación política, moral o cultural. Es el caso de Isidoro de Sevilla, exaltado, y alguna vez combatido, desde los puntos de vista citados, pero siempre considerado el autor del resurgimiento cultural del siglo VII español, con influencia directa en los otros dos movimientos culturales de la Edad Media, llamados por algunos historiadores primero y segundo Renacimientos: el de Carlomagno y el filosófico escolástico del siglo XIII.

Habiéndose estudiado con detenimiento a San Isidoro en este aspecto, se le presenta como un genio compilador, que, ante el naufragio de la cultura clásica, se afana en recoger los restos para legarlos a sus contemporáneos y a las generaciones venideras. Obra colosal, por su desmesurada amplitud y por abarcar conocimientos tan dispares, es admirada por todos, y no faltan censores que expliquen cuantas omisiones advierten, como lagunas en los conocimientos literarios y científicos de este sabio, que no llegaba a abarcarlo todo.

Toman como fundamento el valor puramente cultural, y olvidan que Isidoro, antes que un erudito, es un hispano, y antes que un hispano es un obispo, y que estas primacías, en la coyuntura histórica en que halla a su pueblo, le conducen a aceptar una misión de índole pedagógica que le permita transformar y conducir hacia Dios aquel caos político, religioso y cultural en que se vió convertida

nuestra península, a causa de la decadencia romana, seguida de la invasión bárbara.

El problema no lo descubre Isidoro, ni su figura destaca por única en este apostolado. La Iglesia española había actuado desde la llegada de los bárbaros con tal eficacia, que, en el comienzo de su actuación, Isidoro asiste a la conversión de Recaredo, a la cabeza del pueblo arriano, acontecimiento magno, que colocaba a los vencedores bajo la dirección espiritual de los vencidos. San Leandro y todos los obispos hispanos que habían trabajado y sufrido persecuciones por el logro de tan feliz resultado, pudieron darse por satisfechos y pensar que habían alcanzado un período de paz compensador de tantos desvelos. No lo vieron así, en especial San Isidoro, que, al suceder a su hermano Leandro en la sede de Sevilla, se vio impulsado, por su conciencia y por los estímulos del clero español, ante su ya reconocido prestigio, a dar las normas que habían de consolidar la obra realizada, y guiar a los, hasta entonces, arrianos y bárbaros por el camino de la fe y de la civilización.

Los obstáculos eran notorios. Una conversión oficial no afecta, en rigor, a todas las conciencias, y una herejía como la arriana, que rebaja el dogma al nivel de la inteligencia común, era de difícil desarraigo en un espíritu individual y rebelde como el visigodo.

Este pensamiento, y sólo éste, preside la obra isidoriana. Las grandes ideas y realizaciones que la acompañan—la formación intelectual y moral del clero, la educación de la nobleza y del pueblo, la unidad social y civil, promovida especialmente por el mejoramiento de los siervos y por la fusión de las dos razas; el pulimento de las rudas costumbres godas—no son sino distintos puntos de un mismo programa, destinado a recoger cuantos elementos pudieran contribuir a la unificación de la vida hispana en una progresión ideal católica. Programa episcopal concebido para la nación entera, necesitada de orientación en todos los ór-

denes, pero con una urgencia apremiante en el orden religioso, a cuyos fines, San Isidoro, siguiendo la norma católica, ligaba, supeditándolos, todos los demás.

Nótese, sin embargo, que España estaba ya entonces a la cabeza de las naciones de Occidente. Ni en Italia ni en Francia se hubiera dado en aquella época el caso del Tercer Concilio de Toledo, cuya acta de abjuración fué suscrita por los nobles godos, con la sola excepción de Gussino, que hubo de poner su sello, por no poder firmar. Ni en los demás pueblos de Occidente se había cultivado el Derecho romano de un modo tan efectivo y con tanta penetración del cristianismo en él, que fuese posible, en el grado en que lo fué en nuestra patria, la aplicación de la idea cristiana al concepto del Derecho, para señalar las relaciones entre la moral y la legislación, entre la Religión y el Estado.

Todo ello era el fruto de una intensa actividad eclesiástica, desarrollada progresivamente desde el principio de la invasión y desde distintos focos de la península, aislados muchas veces por la inseguridad de los tiempos. San Martín de Braga, fundador del monasterio de Dumio, había restaurado la vida religiosa y la actividad docente en Galicia; alcanzaban ya notoriedad el monasterio de Agali, en Toledo; las escuelas de Zaragoza; la del obispo Masón, en Mérida y Cauliana; los trabajos de Liciano de Cartagena, y, especialmente, la brillante escuela de Sevilla, que Isidoro recogió de manos de su hermano San Leandro.

Una actuación tan heroica, en época de ignorancia y persecuciones, así como de dificultades materiales, había sido indispensable al cesar totalmente en la península la enseñanza oficial y, en gran parte, también la privada, que, establecidas al modo romano, comprendían las escuelas de enseñanza primaria, las de enseñanza secundaria y las profesionales. A su normal apostolado hubo de agregar la Iglesia la preocupación por los conocimientos profanos, que habían de servir de base cultural, no sólo al clero, sino

al elemento seglar, repartido entre la nobleza, clase directora y el pueblo, pues en aquella sociedad no preponderaba la clase media.

Espontáneamente, sin más dirección pedagógica que la que implicaba su ministerio, el clero, supliendo en ocasiones, con su celo, la falta de formación, había ido cumpliendo su cometido. Pero, al finalizar el siglo VI, la confusión introducida en los círculos eclesiásticos por las recientes persecuciones, así como por la conversión oficial y por las ordenaciones de obispos arrianos, habían llenado las diócesis de clérigos sin residencia fija y sin la menor preparación para su ministerio. Este problema y la ordenación de las costumbres visigodas en una moral cristiana, eran para Isidoro cuestiones urgentes de enseñanza. Ordenado obispo, pone manos a la obra con una actividad febril, que sólo interrumpirá la muerte. Actividad intelectual que adquiere una especial significación en el mundo de la cultura, por ser la última producida por los romanos provinciales en el mismo suelo español, que había producido la primera seis siglos antes. Y actividad práctica, de carácter eminentemente pedagógico y nacional, pues aquella producción va destinada a servir de texto a la escuela de Sevilla y demás escuelas episcopales de la península, que, manteniendo frecuente comunicación con Isidoro, se colocaban bajo su dirección y asesoramiento. Espíritu extraordinariamente organizador, Isidoro intervino en el arreglo de la cuestión arriana y judía, en la ordenación de la nascente Iglesia visigoda, en la unificación de la liturgia. Creó los seminarios y estableció la vida de comunidad en el clero; reglamentó la vida monástica; contribuyó, por medio de los Concilios, a que la obra legislativa fuese adaptada a las normas eternas y a las condiciones de lugar y tiempo y a que tuviera cabal cumplimiento, dejando, en el cuarto, trazada la pauta de aquellas asambleas. Por fin, intervino en los conflictos sociales, defendiendo a

los necesitados desde su dignidad, a la que iba aneja una función tutelar concedida por el rey.

Su producción literaria excede a la de cualquier español de la antigüedad. Después de mencionar veinte de sus obras, añade su amigo Braulio: «Hay otros muchos opúsculos suyos.» No cabe duda que una gran parte de estos opúsculos se han perdido, conservándose, en cambio, y reproduciéndose con profusión, las obras que eran utilizadas en las escuelas episcopales y en los monasterios. Los testimonios contemporáneos nos aseguran ampliamente de su autenticidad.

Una clasificación de las obras de Isidoro no puede ser rigurosa ni exacta. Su autor, atento a la formación predominantemente moral que persigue en sus discípulos, desenvuelve las ideas científicas junto a las filosóficas, de tal manera, que dificulta su encasillamiento. Puede admitirse, con todo, la siguiente:

OBRAS GRAMATICALES.—LOS *Libri differentiarum*, que son dos: *De differentiis verborum* y *De differentiis rerum*. No son un mero tratado de sinónimos, sino que, con el pretexto de distinguir vocablos, en apariencia iguales, San Isidoro formula conceptos filosóficos. y aun teológicos.

OBRAS HISTÓRICAS.—El *Chronicon*, breve relato de los acontecimientos del mundo desde Adán hasta el cuarto año del reinado de Sisebuto. La *Historia de regibus Gothorum, Wandalorum et Suevorum*, que empieza en Athanarico y termina en el quinto año del reinado de Suintila. Existen dos redacciones, una ampliada con los elogios de España, los godos y Suintila.

Y el *Liber de viris illustribus*, fuente interesantísima para el conocimiento de las figuras más salientes de la España goda.

OBRAS FILOSÓFICAS.—El *Liber de ordine creaturarum*, donde habla de la Trinidad, de la criatura espiritual, del firmamento y de la vida futura.

El *Liber de natura rerum*, que, dedicado a Sisebuto,

compendia el saber de su tiempo en materia de filosofía natural.

Los tres *Libri sententiarum* vienen a ser un primer esbozo de una *Summa* de Teología. Salvo algunas doctrinas psicológicas contenidas en el libro I y ciertos principios de Derecho natural consignados en el III, todo lo demás ofrece aspecto teológico-moral.

**OBRAS TEOLÓGICAS.**—*Allegoriae quaedam Sacrae Scripturae*. Estudia el simbolismo místico de los nombres del Antiguo y Nuevo Testamentos.

*In libros veteris ac novi Testamenti Proemia*. Son breves argumentos o prelaciones a los libros referidos.

*Liber numerorum, qui in Sanctis Scripturis occurrunt*. Obra de indagación simbólica, no exenta de cierto sabor cabalístico.

*De fide catholica ex Veteri et Novo Testamento contra Judaceos*.

*De ecclesiasticis Officiis*. Dos libros: *De origine officiorum*, que trata de las ceremonias del culto, y *De origine ministrorum*, de las diversas dignidades eclesiásticas.

*Synonyma de lamentatione animae peccatricis*. Trata de piedad, con carácter de ejercicios espirituales.

*Regula monachorum*. Da normas sobre la vida monástica.

**OBRAS ENCICLOPÉDICAS.**—Se reducen a los *Originum sive Etymologiarum*.

La clasificación, poco ordenada, fué hecha por Braulio, a instancias de Isidoro, que no pudo ocuparse de los últimos toques. Los dos primeros libros abarcan el *trivium*; el tercero, el *quadrivium*; el cuarto trata de la Medicina; el quinto, de Derecho y Cosmología; los libros VI, VII y VIII están dedicados a la Teología y a los cánones; el IX, a Política y a Sociología; el X, a Lexicología; el XI y el XII, a Zoología; el XIII y el XIV, a Geografía; el XV se lo reparten la Arquitectura y la Agrimensura; el XVI trata de la Minerología; el XVII, de la Agricultura; el XVIII,

de la Milicia; el XIX, de la Marina, y el XX, de las Artes manuales.

Añádase a esto la correspondencia que se conserva, varias composiciones poéticas y algunos opúsculos. El titulado *Quaestiones de veteri et Novo Testamento* es dudoso le pertenezca. En cambio, se le atribuye con más seguridad el que descubrió y publicó en 1912 el investigador alemán Anspach. Lleva el título de *Institutionum disciplinae*, y ofrece especial interés, a pesar de su brevedad, por ser las únicas normas pedagógicas que en forma expresa da Isidoro para la educación de la nobleza.

Estimando, por tanto, la figura de este sabio como la de un pedagogo teórico y práctico excepcionalmente destacado en la Edad Media occidental, veamos las circunstancias particulares que en él concurren.

Nacido probablemente en Sevilla, fué el menor de cuatro hermanos santos. Sus piadosos padres, el hispano-romano Severiano, y una noble goda, prefirieron expatriarse de la provincia cartaginense antes que acatar el poder de los bizantinos, venidos en ayuda de Atanagildo y luego rebelados contra él.

Siendo aún niño, quedó Isidoro huérfano, bajo la tutela de su hermano mayor, San Leandro, obispo de Sevilla, hombre de amplia cultura y carácter enérgico, a cuyo celo apostólico se debió en gran parte la conversión de San Hermenegildo y la formación del ambiente religioso que llevó a Leovigildo a aconsejar a su hijo Recaredo la abjuración del arrianismo. Pero antes de alcanzar este resultado, San Leandro hubo de sufrir persecuciones y destierro, y él, que había tomado amorosamente a su cargo la educación de su hermano, se vió obligado a asociarlo muy pronto a sus trabajos y dejarlo al frente de ellos durante su forzada ausencia. De esta forma se encargó Isidoro de la escuela episcopal de Sevilla, no sin previa experiencia, pues la Regla de los monjes, anterior a su episcopado—está escrita para un determinado monasterio—, revela que

Isidoro había hecho vida monacal, y desempeñado, sin duda, el cargo de abad.

Hasta el fin de sus días no ha de abandonar la cátedra pública, para la que había nacido excepcionalmente dispuesto. Nos lo dice su discípulo Braulio: «Tenía una extraordinaria facilidad de expresión, que se ponía sin dificultad al alcance de todos, de los sabios lo mismo que de los ignorantes. Dotado de una incomparable elocuencia, se hacía entender de la gente más humilde»; y otro de sus discípulos, San Ildefonso: «Nadie se cansaba de escucharle... Era un hombre admirable, tanto por la hermosura de su cuerpo como por el vigor de su espíritu; había adquirido tal facilidad de palabra y ponía tal hechizo en cuanto decía, que nadie le escuchaba sin sentirse maravillado.» «Gustaba oírle decir dos veces la misma cosa; y aunque las repitiese muchas más, nadie se hubiera aburrido.»

Su vasta erudición abarcaba las tres lenguas santas: la latina, la hebrea y la griega, en un siglo en que el olvido de esta última era casi general en Occidente. El siríaco y el egipcio fueron también conocidos por Isidoro, porque recurre a ellos para la interpretación de algunas palabras y la explicación de sus raíces; así como la lengua goda, en cuyos caracteres está copiada la *Vulgata*, de San Jerónimo, a él atribuida.

Poseyendo toda la cultura clásica griega y latina, se esforzaba en asimilarla a la ideología cristiana. Índice de la extensión de sus conocimientos es la actitud de sus comentaristas modernos, que señalan a los autores clásicos carentes de influencia en su producción más bien que a los innumerables que en ella intervienen.

Lo reunía todo San Isidoro: la presencia, la facilidad, la gracia, la ciencia, y aquella cualidad magnífica que las realizaba todas y por sí sola lo convertía en un maestro perfecto: la santidad. Su vida entera fué un milagro de abnegación y sacrificio en aras del deber. La Historia y la leyenda, apenas desaparecido, le rodean de un hálito mi-



lagroso; però las notas biográficas que nos dejaron sus contemporáneos, deslumbrados por el brillo de su ciencia, apenas acusan su vida interior. San Braulio, sin embargo, termina así: «Superó a todos por la pureza de doctrina, pero fué aún más glorioso por sus obras de caridad.» El abad leonés San Valerio nos lo presenta, además, como el prototipo de la vida activa, el predicador prodigioso, el reformador y el organizador: «Por el esfuerzo de la vida activa—dice—renovó exteriormente a toda España». Más adelante: «Nos dejó en sus libros un monumento eterno de elocuencia y edificación.»

Un texto anónimo de aquellos tiempos lo pinta con estas palabras: «Fué largo en las limosnas, insigne en la hospitalidad, sereno de corazón, veraz en sus palabras, justo en los juicios, asiduo en la predicación, afable en las exhortaciones, habilísimo para ganar las almas a Dios, cauto en la exposición de las Escrituras, sabio en el consejo, humilde en el vestir, sobrio en la mesa, pronto a dar la vida por la verdad, y eminente en toda clase de bondades.»

No es preciso insistir. Aparece poderosamente dotado y entregándose con ardiente vocación al mejoramiento espiritual y material de su pueblo.

Bien lo necesitaban aquellos hispano-godos. Si la cultura española ocupaba el primer lugar de Occidente, no era por su brillantez, sino por contraste con las tinieblas que invadían entonces a las demás naciones bárbaras, donde recibían órdenes sagradas algunos que no sabían leer.

Los visigodos eran los menos violentos de los bárbaros, y, pasados los horrores de la invasión, se sintieron atraídos por la cultura romana, dejándose influir por los obispos. Pero la rudeza de su espíritu no dejaba penetrar las esencias del cristianismo y de la civilización, y los resultados eran mediocres. La superstición y la herejía, la injusticia y el imperio de la fuerza, seguían, en el siglo vi, dominando la inteligencia y las costumbres de los españoles, y la Iglesia nacional, formada en su parte más es-

cogida por elementos de la raza subyugada, no disponía de más recursos que los espirituales.

Tales circunstancias sólo podía superarlas un clero extraordinariamente capaz y disciplinado, que la inestabilidad anterior no había podido formar. A la realización de este cometido, Isidoro va a consagrar su vida.

Joven aún, había trabajado en la escuela de Sevilla, fundada por San Leandro, según la pauta del II Concilio de Toledo, para la educación de los futuros sacerdotes, y allí creció rápidamente su fama, por la agudeza de sus pensamientos y la aplastante lógica de sus palabras.

Más tarde, en funciones de obispo, y resultando el local insuficiente para las nuevas necesidades, levantó en las afueras de Sevilla un vasto edificio, de magnífica apariencia, destinado a los jóvenes que estudiaban las ciencias sagradas y las profanas, pues el elemento seglar no disponía de centros culturales de enseñanza superior, y la Iglesia española, interesada en la formación moral y religiosa de la nación entera, hacía un lugar en sus escuelas catedralicias a todo el que deseaba recibir sus enseñanzas. Allí se educaron nobles como Sisebuto y Sisenando, que iban a tener tan destacada influencia en la nación.

El criterio pedagógico que gobierna la escuela se infiere de todas las obras de Isidoro, y está, en gran parte, expreso en la *Regula Monachorum*, en *De officiis ecclesiasticis* y en los cánones del IV Concilio de Toledo, presidido por él, que estableció para toda España el funcionamiento de los seminarios bajo el patrón de la escuela de Sevilla.

Dice así el famoso canon 24: «Toda edad está desde la adolescencia inclinada al mal; pero ninguna vida es menos segura que la vida de los adolescentes. Por eso todos los muchachos que deseen ser admitidos en el clero morarán juntos, en una casa contigua a la iglesia, bajo la dirección de un anciano, que sea maestro de su inteligencia y testigo de su vida.»

Y el capítulo II de la Regla de los monjes: «Ha de

elegirse abad fortalecido en la ciencia, de una vida santa y probado, mediante experiencias, de paciencia y humildad; que lleve habitualmente una vida laboriosa; que rebase la edad adolescente y alcance la vejez en su juventud. Sea tal, que no desdénen someterse los que le aventajen en edad, obedeciéndole tanto en consideración a su edad como por la honestidad de sus costumbres.

»Se ofrecerá como ejemplo de imitación en todas las acciones, y no mandará cosa que él no haya hecho. Provochará en cada uno estímulos mutuos, hablándoles en conjunto, exhortándoles o edificándolos a unos con otros, si comprende que su vida puede aprovechar según el grado de cada uno.

»Conserve también la justicia para con todos y no se encienda en odio contra ninguno; vele por todos de corazón. No rehuse a ningún arrepentido. Esté dispuesto a tomar parte en las flaquezas de los demás con misericordia, siguiendo al apóstol, que dice: Nos hacemos niños entre vosotros como cuando la madre acoge a sus pequeñuelos» (1).

Actitud amorosa y paternal que no excluye una fuerte disciplina. Las faltas graves eran juzgadas por un tribunal, que fijaba el castigo y otorgaba el perdón, después de cumplida la pena.

Los pequeños serán sometidos a otro régimen. «En la menor edad—aclara—no se establecen juicios de castigo para los delincuentes; pero, según la falta, ha de castigárseles con golpes adecuados: para que aquellos que no se apartan de la culpa por la debilidad de la edad, se repriman por el azote.» Esos castigos corporales no los introdujo la Edad Media; perduraban en las costumbres docentes heredadas de los romanos. Una pintura descubierta en Herculano nos presenta a un maestro dando azotes a un discípulo, sostenido por dos de sus compañeros.

---

(1) *Patrologia latina*. Mique, t. 83, pág. 870.

San Isidoro humaniza la disciplina cuanto lo permite el ambiente escolar de entonces: «El que confiesa espontáneamente—dice—la culpa que cometió, es acreedor al perdón que desea. En consecuencia, ruéguese por él y désele el perdón pedido inmediatamente, si la falta es pequeña. Quien no se corrigiese de un vicio grave, por el que ha sufrido frecuentemente el apartamiento de la vida en común, sufra condenación por tanto tiempo como tarde en abandonar el vicio arraigado, para que, puesto que no se contiene con una sola reprensión, tenga que enmendarse con el frecuente rigor. Aunque si alguno está sumergido en la ruina de un vicio grave y frecuente, no se le ha de echar del monasterio, sino contenerle con normas adecuadas, no sea que el que tal vez podía enmendarse por la penitencia, al ser arrojado sea devorado por la boca del demonio.»

Para las faltas públicas quiere reprensión pública: «para que siendo el que faltó corregido en público, aquellos que le imitaron en su pecado se enmienden; que así como muchos perecen por el delito de uno, así muchas veces se salvan otros con la corrección de uno solo» (2).

No quiere, sin embargo, apoyar la autoridad moral en el castigo, sino en la conformidad de la vida del maestro con la doctrina que enseña. De él dice en el capítulo XXXVI de las *Sentencias* (3): «no pierda su libertad predicando, si enseña bien, pero vive mal...; carece de autoridad en su magisterio el que no hace lo que enseña».

«Lo mismo que se busca en los metales la cualidad, la figura y el peso, así debe averiguarse de todo maestro eclesiástico qué practica, qué enseña, cómo vive. Por la cualidad del metal se entiende la doctrina; por la figura, la semejanza con los padres; por el peso, la humildad. El que se aparte de esas tres cosas no es metal, sino tierra.»

---

(2) Idem, pág. 835.

(3) P. 4, t. 83, págs. 707-8.

Y en el capítulo XXXVII: «A veces la misma doctrina verdadera se envilece con el vicio del que la enseña; el que no vive como predica, hace despreciable la misma doctrina que predica.»

Es por la eficacia del ejemplo y de la amistad, que Isidoro establece la vida común, en sociedad, para los escolares, para los clérigos y para los monjes, llegando en la Regla de éstos a invocaciones tan atrevidas para la época como la de que el abad hiciera la misma vida que los monjes, comiendo y durmiendo entre ellos y siendo en todo momento el primero en acudir al rezo y al trabajo.

Análogamente, en la escuela de Sevilla, ni el nacimiento ni la riqueza eran motivos de preferencia; las puertas estaban abiertas a todos, y sólo se guardaban consideraciones al mérito y a la virtud.

Un ambiente de oración y trabajo absorbe las energías que pudieran dispersarse; hasta el tiempo de la comida se espiritualiza con la lectura y la meditación, y así, mientras en las escuelas crece la sabiduría, se convierten los monasterios en centros industriales o agrícolas, que moralizan al pueblo y enriquecen a la nación.

La duración de la enseñanza era de cuatro años, y a nadie se le permitía interrumpir el curso sin causa grave.

A los estudios superiores se preparaban los niños con los conocimientos elementales que recibían, sin duda, en clases anejas, en las que Isidoro no tenía intervención directa, pero cuyo método pedagógico aparece bosquejado en sus libros.

El maestro iniciaba a los niños en el conocimiento de las letras, mediante tablitas o guijarros, que llevaban grabado un signo del alfabeto o cálculo. Lo mostraba a los discípulos y éstos lo reproducían en tabillitas de cera mediante el clásico punzón. Aprendido el signo, los niños manejaban los cálculos para repetir su nombre y formar sílabas y vocablos. Y sólo cuando dominaban la acentuación

silábica y conocían el valor de las palabras, entraban de lleno en los estudios liberales.

Simultaneaban la enseñanza de las primeras letras con la educación musical, a la que Isidoro atribuía singular importancia, no sólo por lo que embellecía el culto, sino por su valor educativo y por ser, además, el ejercicio necesario de una tendencia natural.

Dice en las *Etymologías*: «... sin música no puede haber enseñanza perfecta, pues nada hay que carezca de ella. El mundo mismo se dice que se halla compuesto de cierta armonía de sonidos, y hasta el cielo da vueltas al compás de la armonía. La música mueve los ánimos y provoca en los sentidos diversas disposiciones.» Y, tras varios ejemplos: «Calma, asimismo, la música el espíritu y le ayuda a sobrellevar el trabajo, y la armonía del canto alivia la fatiga de toda labor.» «... toda nuestra habla y las conmociones que interiormente sentimos latir en las venas se puede probar que, por sus pulsaciones rítmicas, tienen algo de común con las propiedades de la armonía» (4). No van más allá las teorías modernas en esta materia.

Los escolares comenzaban estudiando los salmos que habían de permitirles tomar parte en el coro. El procedimiento, no sabiendo leer, era laborioso: el maestro iba pronunciando verso por verso, que repetían los niños cuantas veces era preciso, hasta quedar fijados en su memoria. A los salmos seguían los cánticos y los himnos de la liturgia, así como el estudio del Antifonario, el gran códice visigótico de la música eclesiástica; estudio también de tipo mnemotécnico, porque los himnos musicales no indicaban más que los movimientos ascendentes y descendentes de la melodía, sin clave ni pentagrama alguno que los determinara exactamente.

Hace Isidoro prudentes advertencias sobre la manera de acordar la voz a los instrumentos: «que sea sin esfuerzo,

---

(4) P. 4, t. 82, C. XVII, pág. 163.

con naturalidad». Y, en cuanto a los cantos profanos que deben aprender los escolares nobles, prefiere, a las canciones amatorias, «los que celebren las gestas de los antepasados, que muevan y provoquen a los oyentes a emular su gloria».

Los estudios superiores tienen marcado carácter enciclopédico y formativo. Es lo lógico en un ambiente de ignorancia y rusticidad. Cuando se nace en un medio cultural elevado, resultante del trabajo científico de las generaciones anteriores, se respira y se asimilan las esencias de esa cultura, depositadas en la vida misma, y el espíritu en esas circunstancias puede caminar preferentemente en una dirección cultural, con provecho para el conocimiento y muy reducido el peligro de desequilibrio psíquico. Pero el visigodo del siglo vi necesitaba una amplia visión de conjunto, que, dándole un exacto sentido del mundo, le sirviera de base sólida para su formación. Las *Etymologías* no tienen otro objeto. Recogen todo el saber antiguo, no para trasladarlo a futuros profesionales de las diversas disciplinas, aunque algunas de ellas estén allí tratadas con extensión suficiente entonces a tal fin, sino para compendiarlo, depurarlo y sistematizarlo en un estilo claro y preciso y darlo luego a los discípulos como resumen de las lecciones explicadas por Isidoro, supliendo de esta manera la carencia de textos.

Los que niegan mérito a Isidoro, por falta de originalidad, no quieren ver su genio pedagógico. Asimilar toda la ciencia de la época y ponerla al alcance de toscas inteligencias, limpia de cuanto pueda significar un obstáculo para la comprensión o un peligro para la moral, no es sólo la paciente labor de un apóstol es también el exponente de una capacidad didáctica extraordinaria.

Sin salirse de la más pura ortodoxia, dentro de una época de desdén para lo clásico, traza un puente entre el mundo antiguo y el nuevo, armonizando el conocimiento pagano con la filosofía cristiana, inseparable de la teo-

logía en un mundo donde el hombre ha sido llamado al estado sobrenatural. Concepción ecuménica de la ciencia que revela el espíritu, amplio y bien documentado, de Isidoro.

Las *Etymologías*, llamadas también, y con mayor propiedad, los *Orígenes*, no tienen nada de común con el plan de nuestros escritores didácticos. Parece, a simple vista, una especie de vocabulario en el que la derivación de las palabras y sus sinónimos están mejor o peor explicados. Es lo contrario. Empezaba Isidoro por dar el sentido gramatical y la etimología de las palabras, pero no se cife a un trabajo léxicográfico. Para él la palabra no es más que una ocasión de describir el objeto; a través del vocablo persigue la idea, hace la historia de lo que ella representa y remonta así hasta los principios de la ciencia a la que pertenece la expresión. Pero veámoslo en el mismo texto. En el capítulo I del libro XI se lee: «La mente se llama así porque sobresale (*emineat*) en el alma, o bien porque piensa (*meminit*). De donde los que no piensan, amentes. Puesto que se llama mente no el alma, sino lo más excelente de ella, como si dijéramos su cabeza o su ojo. Por lo que el mismo hombre se dice imagen de Dios, en atención a su mente. Así, pues, todas estas cosas están unidas al alma, formando una unidad. El alma ha recibido nombres distintos, según la eficiencia de las causas.

»Pues la memoria también es mente, de ahí los que no recuerdan, amentes. En consecuencia: en tanto que hace vivir al cuerpo, es alma; en tanto que quiere, es ánimo; en tanto que sabe, es mente, y en tanto que recuerda, es memoria; en tanto que juzga lo recto, es razón; en tanto que espira, es espíritu; en tanto que algo siente, es sentido. Pues el ánimo se dice sentido en las cosas que siente, de ahí sentencia» (5)

Las épocas de mayor incremento de la cultura han cul-

---

(5) Página 399.



tivado las etimologías en gran escala, porque no cabe conocimiento sin palabras. Todo entra por el sentido, como reza el viejo aforismo de la escolástica, y en los linderos de la razón y de la ciencia el sentido se sirve del lenguaje, y éste encajona el pensamiento.

El estudio de las artes liberales, según la tradición romana, sirve de introducción a las *Etymologías*. Comienza con la definición de ciencia y de arte, conciliación platónico-aristotélica, tan precisa y bien tomada, que aún conserva su validez.

«Disciplina recibe el nombre de aprender (*discere*), de donde también puede decirse ciencia. En efecto, saber (*scire*) se ha dicho partiendo de aprender, pues ninguno de nosotros sabe, sino aprende. De otra manera, se dice disciplina, porque se aprende completa (plena)» (6).

Arte (*ars*), al contrario, se dice porque está basado en los preceptos y reglas de la experiencia.

Entre el arte y la disciplina, Platón y Aristóteles establecieron esta diferencia: el arte consiste en cosas que pueden ser de otra manera; la disciplina, por el contrario, en cosas que no pueden suceder de manera distinta. Así, pues, cuando se explica mediante argumentos verdaderos es disciplina. Cuando se trata algo verosímil y opinable, recibe el nombre de arte.»

Esta claridad y concisión campea en toda la obra y le comunica un máximo valor didáctico. La semántica podrá reprocharle errores, y Leclercq, saltándose impunemente once siglos, encontrará mayor rigor científico en la enciclopedia de Diderot, pero eso no es sino defecto de visión: fijándose en la letra, se les escapa el espíritu orientador y la finalidad pedagógica del gran maestro.

El *trivium* aparece tratado ampliamente. La gramática, en el sentido lato que le dieron los antiguos—incluye la poética y la Historia—es uno de los más preciados monumentos

(6) P. 4, t. 82, pág. 74.

de la filología antigua. Isidoro lo da como origen y fundamento de todas las demás artes liberales; en ella concilia las clasificaciones de Aristóteles y Donato respecto a las partes de la oración, absorbiéndolas todas el nombre y el verbo.

Como la retórica, la gramática nos ha conservado la compilación de algunas obras tan notables como algunas de Varrón y Suetonio.

La gramática es ciencia, sirve para hablar con propiedad. La retórica es arte, y tiene por fin «el bien decir en cuestiones civiles», para persuadir las cosas buenas y conformes a derecho». En tres cosas hace consistir esta pericia oratoria: en la naturaleza, en la doctrina y en el ejercicio. Las condiciones del orador y del auditorio determinan los varios estilos de la oratoria. En general, resume a Quintiliano sin olvidar a Cicerón y a Aristóteles.

San Isidoro recoge de Varrón el símil que representa a la retórica con la mano abierta, y a la dialéctica con la mano cerrada. Es función de esta última el comprender, para lo cual se necesita captar la totalidad de una cosa, encerrarla en sus límites naturales y poseerla como quien sujeta con la mano la superficie exterior que contiene. La retórica, por el contrario, sirve para comunicar a nuestros semejantes las ideas propias de que queremos hacerles partícipes. De ahí la mano abierta, que deja escapar lo que antes guardaba.

Como la dialéctica es una parte de la filosofía, en ella expone la doctrina de Aristóteles por lo que se refiere al ser y a las diez categorías: «ha de ser leída muy atentamente—dice San Isidoro—esta obra del filósofo del Liceo, puesto que todo lo que puede ser objeto de la palabra del hombre se encuentra contenido en los diez predicamentos».

Con sólo atender a éste y otros pasajes de San Isidoro, se echa de ver que en España había un conocimiento de Aristóteles, aunque fuese fragmentario, antes del movimiento intelectual de los árabes y judíos.

En el *quadrivium*, la aritmética es superior a la geometría, en especial si ésta se compara con la de Boecio, introductor de Euclides en Occidente. Sus conceptos como guía temática para las explicaciones son esquemáticos, pero tan completos y exactos en muchos pasajes, que algunos, como la clasificación de los números, se conserva íntegra hasta el siglo XVIII. Tomada de los pitagóricos, es profusa y muy bien hecha cuando se refiere a los números fraccionarios y mixtos, por la gran cantidad de variantes que encuentra.

Esta abundancia de clasificaciones produce, además, una abundante nomenclatura con nombres significativos de lo que representan, ayudando a recordar detalles de sucesos que tengan tal o cual número formando labores u objetos «cumplidos», perfectos, al integrarse en la suma de sus componentes alícuotos.

«La razón de los números—dice—no es de despreciar, pues en muchos lugares de las Santas Escrituras aparece cuán gran significación tienen. Pues no se ha dicho en vano en las alabanzas de Dios «omnia in mensura numero pondere fecisti». Pues el número seis, porque es perfecto en sus partes, demuestra en su significación cumplimiento del mundo... Y en esta forma, otros números hay en las Sagradas Escrituras, las figuras de los cuales no las pueden saber sino los que sean conocedores de la ciencia de este arte». Y en otro lugar: «y por el número se nos demuestra que no somos engañados, pues quita el número en todas las cosas y todas las cosas perecen...» (7).

El prurito de no engañarse le lleva a examinar con lupa los componentes de todo, atomizando el conocimiento. No generaliza el concepto de número ni debe ser inclinado a la generalización, que en la vida moral suele resultar injusta por la peculiaridad de cada caso concreto.

Es cierto que el excesivo análisis cae en el escrúpulo,

---

(7) P. 4, t. 82, págs. 155-6.

por lo común, estéril e inoperante; pero es de gran honradez no dar a los alumnos como ciencia sino lo indudable.

Entonces, la matemática se investigaba por los sabios; pero, una vez averiguada, no se demostraba a los alumnos, o, por lo menos, al discípulo no se le exigía demostración. Esto duró, en matemáticas, hasta que, en el siglo XVII, Wolf inició en Alemania otro camino. No es, pues, este dogmatismo característica exclusiva de Isidoro; es común al adoctrinamiento propio de su tiempo.

En cuanto a la música, como ciencia matemática, la define: «Disciplina que habla de los números que se encuentran en los sonidos.»

La astronomía toma de la escuela estoica la filosofía de la naturaleza, la teoría de los vientos y de los elementos y numerosas observaciones de meteorología y astronomía, expuestas con el mejor orden, claridad e interés, sin que por un solo momento se desvíe de la más pura ortodoxia. Sus explicaciones son siempre ingeniosas.

Interesante sobre manera es el libro IV sobre la Medicina. Justifica que esta ciencia no esté incluida en las artes liberales porque «éstas abarcan un objeto particular, mientras aquélla abarca los de todas». Y cita las diversas disciplinas necesarias al médico, desde la filosofía hasta la música, buscando para éste una formación profesional que le capacite para interpretar eficazmente la enfermedad del cuerpo sin desligarlo del espíritu que lo informa. «Y por esto—afirma—la Medicina se llama segunda filosofía. Pues uno y otra ciencias se ocupan del hombre entero. Porque como la filosofía cura el alma, así la medicina cura el cuerpo» (8).

Sostiene la teoría de los cuatro humores, que aún repetirá Huarte de San Juan: «Todas las enfermedades nacen de los cuatro humores, a saber: de la sangre, hiel, melan-

---

(8) P. 4, t. 82, págs. 190-8.

colía y flema. Así como hay cuatro elementos, hay cuatro humores, y cada humor imita a su elemento correspondiente; la sangre al aire, la cólera al fuego, la melancolía a la tierra y la flema al agua. Y hay cuatro humores, como los cuatro elementos que conservan nuestros cuerpos» (9). Se curan estas enfermedades conforme a las doctrinas y prácticas de la alopátia, y, lo mismo que para los males del espíritu, emplea los contrarios; los vicios se combaten con las virtudes que se les oponen; en lo físico, lo seco se cura con lo húmedo, lo frío con lo caliente.

La ignorancia de la época le obliga a combatir insistentemente la superstición en la curación de las enfermedades, a rechazar, en aritmética, las propiedades cabalísticas de los números y en astronomía a deshacer los delirios de la astrología judiciaria. Estos errores estaban tan infiltrados en el ambiente, que se precavía contra ellos al mismo clero.

Para no extender el comentario a los veinte libros de las *Etymologías*, basta decir que el método y la finalidad pedagógica es en todos ellos análoga, el mismo orden lógico, la misma claridad, el mismo afán de clasificación. Y que la cantidad enorme de material científico que recoge, en gran parte desaparecido después, lo convierte en obra tan valiosa que la erudición posterior se resentiría sin ella extraordinariamente.

De sus restantes obras, ofrecen notable interés para el estudio de su criterio pedagógico las *Sentencias*, tres libros que constituyen una de las primeras sistematizaciones del dogma y de la moral cristianas. El primero tiene por objeto la dogmática; los otros dos resumen las enseñanzas fundamentales de la moral cristiana, empezando por el tratado de las virtudes teologales y de la gracia, y terminando con la exposición de las recompensas y castigos.

Comienza el libro II diciendo: «Todo el que es sabio,

---

(9) Idem, pág. 184.

según Dios, es feliz. La vida feliz es el conocimiento de la divinidad. El conocimiento de la divinidad es la fuerza del bien obrar. La virtud del bien obrar es fruto de eternidad.» E insiste más allá: «El primer cometido de la ciencia es buscar a Dios, después la honradez de la vida con obras de inocencia.»

Y aún luego añade: «Es útil saber mucho y vivir bien. Y si no estamos fuertes en ambos puntos, es mejor perseguir con celo vivir bien que saber mucho» (10).

El capítulo XXXIII trata del origen de los vicios y de las virtudes: «El pecado se engendra del pecado, de tal manera que si no evita el pequeño, se cae en los mayores, y si se defienden los cometidos y no se lloran, se pasa del vicio a la soberbia...»

«Igualmente, de la virtud sale la virtud. Como en los apóstoles, que de la predicación del Evangelio merecieron la virtud del martirio» (11).

Y en el capítulo XXXIV: «Así ciertas virtudes, si no obedecen a un criterio de discreción, pasan a vicios. En efecto, la justicia, si se pasa su medida, engendra la crueldad; la excesiva piedad produce la disolución de la disciplina; el celo, si va más allá de lo que conviene, se convierte en el vicio de la ira y la mucha mansedumbre engendra la torpe pereza» (12).

Su penetración psicológica le lleva en el capítulo XLIII, en que habla de la discreción en la enseñanza, a la diferenciación. «No debe ser igual la enseñanza, ni única, para todos, sino que la exhortación del maestro debe ser diversa, en atención a la calidad de las costumbres. Pues a unos corrige una dura increpación, a otros una amonestación suave.» Y lo aclara comparándola con los remedios que aplican los médicos a los distintos enfermos.

En el libro III descubre el fundamento de toda educa-

---

(10) P. 4, t. 83, págs. 599-601.

(11) Idem, pág. 635.

(12) Idem.

ción: «La doctrina, sin la ayuda de la gracia, aunque penetra por los oídos, nunca descende al corazón; ciertamente produce ruido por fuera, pero nada aprovecha dentro. Ahora bien: la palabra de Dios, que penetra por los oídos, llega a lo más escondido del corazón cuando la gracia divina toca la mente para que entiendan» (13).

Tiene atinadas observaciones sobre los maestros, como las citadas de la virtud del ejemplo al hablar de la disciplina, y otras sobre el carácter y la humildad: «Muchos son los que enseñan, no con objeto de edificar—dice—, sino por una hinchada soberbia, y son sabios, no para aprovechar, sino que procuran enseñar para parecer sabios.»

Pero la obra que condensa todas las ideas éticas y pedagógicas expuestas por el Santo a lo largo de su abundante producción es un precioso tratado místico, que, anterior en ocho siglos a la *Imitación de Cristo*, y mucho menos difundido que éste, compite con él en merecimiento.

En esta obra utiliza profusamente la sinonimia, lo que ha hecho creer a sus comentadores que con esta forma estilística tomada de los clásicos perseguía fines literarios y trataba de enriquecer al paso el lenguaje de sus discípulos. El móvil principal no pudo ser éste. Se trata de verdaderos ejercicios espirituales escritos para ser meditados colectivamente, según la forma habitual, análoga a los procedimientos que imponían la escasez de manuscritos. La repetición de la idea bajo diferentes palabras y figuras literarias es un medio de lograr la mayor insistencia reduciendo al mínimo la fatiga intelectual por la variedad de matices y de imágenes que responden a un mismo pensamiento. Obedece a la misma razón que le hace escribir las *Etymologías*, verdadero esqueleto de la ciencia, en estilo seco y conciso y, en cambio, los pasajes laudatorios de la historia con un lirismo exagerado.

Los *Sinónimos* presentan al hombre caído en estado de

abatimiento; guiado por la razón, vuelve a encontrar el camino de la esperanza, cuando estaba próximo a hundirse en el abismo de la desesperación.

El lenguaje de la razón es éste:

«La pena de esta vida es breve. Y el que aflige y el afligido son mortales; la tribulación de este tiempo tiene fin. Todo lo de este mundo pasa y nada permanece; porque todo lo que viene no puede durar. Nada es por mucho tiempo, nada es tan largo que no acabe en breve. Todo tiene su fin debajo del cielo.» «Y sabe, hombre, que nadie podría hacerte mal si no le hubiese dado Dios potestad, y no tendría contra ti poder el adversario si no lo permitiera Dios...» (14).

Explica la desesperación humana como consecuencia de haber perdido el hombre de vista su origen y la raíz de su mal:

«Conócete, hombre, a ti mismo; conoce lo que eres, conoce por qué tuviste origen, por qué naciste... Con qué condición viste la luz, a qué fin eres procreado en este mundo... Toda la adversidad de las cosas es llamada por los merecimientos de tus delitos; contra ti pelean tus propias armas, eres atravesado por tus propias lanzas, eres herido por tus propias saetas» (15).

Y señala el remedio en el acercamiento a Dios por la oración, en el esfuerzo activo contra las malas tendencias y en la inhibición ante el atractivo de los estímulos:

«Ora sin descanso, con lágrimas, ora sin cesar, ruega a Dios de día y de noche» (16).

«Lucha contra la mala costumbre..., aunque sea con dolor...; un más fuerte dolor (el infierno), supera a un dolor menor... Pase también delante de tus ojos la imagen del juicio futuro, prevé lo que después has de padecer...» (17).

---

(14) P. 4, t. 83, pág. 833.

(15) Página 845.

(16) Página 848.

(17) Idem.



«Quita la ocasión de pecar, aparta la materia del delito... Puesto cerca de la serpiente, no serás ileso mucho tiempo. Si te paras delante del fuego, aunque seas de hierro, alguna vez te derretirás» (18).

Ayuda a conseguir el equilibrio interior la consideración de que la vida no es sino la prueba que Dios nos impone para alcanzar la felicidad eterna: «Ten templanza en la prosperidad, ten paciencia en la adversidad. Entiende que en el dolor se te prueba, para que no te abatas; entiende que se te prueba en la prosperidad, para que no te exaltes... La tentación humana te prueba, no te acaba. Pues cuanto más somos en esta vida quebrantados, tanto nos consolidamos para la eternidad» (19).

Y en la imitación de Cristo y en el cumplimiento de su doctrina para con los hombres ve la consecución de la paz temporal y eterna:

«Perdona para que se te perdone, olvida para que se te olvide. No tendrás indulgencia si no la otorgares»... «Mira a Cristo y no te dolerán las injurias. Pues habiendo padecido por nosotros, nos dejó su ejemplo» (20).

Concretando las ideas pedagógicas de San Isidoro, destaca en él un ardoroso entusiasmo por la instrucción, por aprender y por enseñar; fe en el conocimiento, muy explícable en aquella época, en que el saber estaba al lado de la fe y de la virtud. Dice en el libro II de los *Sinónimos*: «Nada mejor que la sabiduría, nada más suave que la ciencia, nada peor que la estulticia, nada más bajo que la insipiente, nada más torpe que la necedad; la ignorancia es madre de errores, la ignorancia es nodriza de los vicios... El ignorante asiduamente peca, el indocto fácilmente se engaña. La ciencia resguarda de males. No evitamos lo dañoso, sino por las insinuaciones de la sabiduría» (21).

---

(18) Página 357-8.

(19) Página 851.

(20) Página 853.

(21) P. 4, t. 83, *Synonima*, pág. 860.

No cae, sin embargo, en un intelectualismo racionalista; se lo impide el concepto cristiano de la vida, que señala al hombre un fin sobrenatural que no puede obtener con sólo medios naturales. La ciencia enseñará la verdad y destruirá el error, con lo que limpiará de obstáculos el camino, y aún proporcionará al cristiano armas útiles con que pueda atacar y defenderse de sus enemigos externos e internos. Los conocimientos, pues, no hacen sino fortalecer la inteligencia, que al fin es la rectora de la vida humana.

Esta consideración le hace rechazar el conocimiento no formativo y perturbador. A pesar de su amplitud de criterio en la aceptación de autores clásicos, ha de decir: «No busques otras cosas que las que se encuentran en las divinas letras, lo que consta en los libros de los sabios.» Lo que él enseña responde a esta convicción, en perjuicio, a veces, de la densidad de la ciencia. Así, este sabio tan veraz y escrupuloso que defiende en el IV Concilio la libertad de los judíos, y no justifica en la Historia de España la rebelión de San Hermenegildo contra su padre, silencia hechos históricos que no desea ver en la memoria de las gentes, mientras hace un panegírico exagerado de España y de los godos, con el fin de despertar el amor patrio y facilitar la compenetración de las dos razas.

Al no admitir la instrucción como base suficiente de la educación moral, acude a fortalecer la voluntad, que ha de contribuir en el hombre cristiano a la posesión de la gracia. De los *Sinónimos* se desprende que trata de alcanzar el dominio de sí mismo por un ejercicio ininterrumpido de sujeción de las tendencias y de apartamiento de los peligros, ejercicio que fundamenta la formación de buenos hábitos.

La memoria tiene gran importancia en su pedagogía. Los alumnos han de acumular conocimientos enciclopédicos sin disponer de libro al que puedan acudir en momentos de olvido. Resúmenes dictados o notas esquemáticas les servirán únicamente de guía. Por eso dicen las *Sentencias*:

«La lección necesita del auxilio de la memoria. Si ésta es tarda por naturaleza, se hace más ágil por la meditación frecuente: Muchas veces una lección prolongada la fatiga y adormece; por eso, es mejor leer un párrafo, cerrar el libro y repasar dentro del alma la verdad que se acaba de leer. De esta manera, se leerá sin cansancio y la doctrina no resbalará por la superficie del espíritu» (22).

El concepto integral que tiene de la educación no le permite olvidar el adiestramiento, los ejercicios físicos. Quiere que el joven noble se ejercite «de lleno, ya por los montes, ya por el mar, y se verá con admiración lo a gusto que se siente el cuerpo con el trabajo y el desarrollo que adquieren los miembros con el ejercicio» (23). Los recomienda a todos: montar a caballo, lanzar dardos, perseguir fieras, luchar con los iguales, escalar cimas, descender a precipicios, conducir naves, es decir, exponerse a peligros que robustezcan el espíritu tanto como el cuerpo.

Es de suponer que los profundos conocimientos psicológicos de Isidoro, tan patentes en el primer libro de las *Diferencias*, que aún conservan en gran parte valor actual, y su misma habilidad docente, le llevarían a utilizar numerosos medios didácticos, muchos de los cuales paten-tizan sus obras, y algunos de ellos ya han sido expuestos.

Recurrir a la intuición en todo momento. En la geometría y en alguna otra ciencia, tras la explicación viene siempre la figura. En otras disciplinas menos asequibles a la intuición sensible se esfuerza en presentar toda la verdad abstracta de una manera tan sensible como sea factible, mediante el ejemplo, el símil o la metáfora.

En uno y otro caso se trata de intuición *a posteriori*, orden didáctico tradicional que modernamente se invierte hasta en la moral, como hace Foerster.

Un interés formativo hemos visto que preside toda su pedagogía, pero se vale igualmente de un interés mate-

(22) T. 83, pág. 690.

(23) Pérez de Urbel y Ortega: *Antología de San Isidoro*, pág. 239.

rial o mediato. El aparente desorden con que presenta la ciencia cuando invade con la geometría los dominios de la geografía, y con ésta los de la Medicina; cuando relaciona la filosofía con la gramática y la religión con todas, no es sino el propósito de convertir los conocimientos más fundamentales en verdaderos centros de interés.

Con amoroso detalle describe Isidoro, en el libro II de las *Etimologías*, el material de enseñanza. Por allí sabemos que ya se utilizaba la pluma de ave, aunque es de suponer se reservaría más bien para la copia de manuscritos. Los alumnos se valían de tablillas, estilos, pergaminos y cálamos. Para operar en aritmética se ayudaban con el ábaco y con tablas, ya preparadas, de cálculo.

El desarrollo de la lección sigue sin duda la graduación triple que debió heredar de la enseñanza romana y que se siguió todavía en las Universidades de los tiempos medios, en Salamanca y aun en Alcalá. La *lectio*, la *meditatio* y la *collatio*, o sea lectura del texto y explicación de su sentido; indagación de las dificultades, proponiendo las soluciones y resumiendo los puntos esenciales que debían grabarse más en la memoria: los notables. De este sistema tomaron el nombre de lectores los catedráticos, y de lecciones las explicaciones.

A la escuela de Sevilla acudieron muy pronto de toda la península cuantos deseaban ampliar conocimientos, atraídos por la brillantez de los estudios que allí se cultivaban. A los pocos años, frente a las diócesis, frente a los monasterios, y hasta la cabeza de la nación, estaban los discípulos de Isidoro constituyendo una red única, que transformó al país en breve tiempo, colocándolo a un nivel que ofrecía fuerte contraste con las naciones que lo rodeaban. Este movimiento duró ochenta años, y, por extensión de la escuela originaria, se conoce con el nombre de Escuela de Sevilla.

No se proponía más Isidoro; sus enseñanzas, sin embargo, rebasaron su proyecto. La expansión cultural atravesó

los Pirineos, estimulando a los espíritus despiertos. Con las obras de San Isidoro promovió Beda en Inglaterra el resurgimiento de la cultura, y Alcuino, nutriéndose en ellas, animó el renacimiento carolingio. Las calcó en las suyas el abad de Fulda, y a los cien años no había monasterio de Francia, Italia, Inglaterra y Alemania que no se ilustrara en los textos de Isidoro.

Todavía los escolásticos de los siglos XII y XIII aprovecharán su doctrina. Pedro Lombardo, imitando las *Sentencias*, y Santo Tomás, calcando diecisiete artículos de la *Summa* sobre el *Derecho Natural* de San Isidoro.

Sin esta gran figura, quizá el mundo medieval hubiera tomado un sesgo muy distinto. Basta tener presente, aparte de la influencia cultural, las dos grandes ideas isidorianas que los canonistas de la Edad Media admitieron con mayor unanimidad y convicción: el programa del príncipe cristiano dado por Isidoro en el libro III de sus *Sentencias* (capítulos XLVIII al LIII) y las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

En España, al esplendor del siglo VII siguió una marcada decadencia, más bien moral, causada por la escasez de continuadores eficaces de la obra apostólica, debido al predominio del elemento goda en el clero, y por el apartamiento de las normas señaladas en la doctrina isidoriana.

La semilla, sin embargo, estaba echada, y es el peligro de la invasión árabe lo que provoca la reacción del pueblo hispano-godo en aquella dirección tan ansiosamente perseguida por Isidoro de Sevilla: la unidad absoluta de fe y la verdadera fusión de razas.

La España reconquistadora cristiana y mozárabe, y, por influencia de ésta, aún en parte, la musulmana, continuaron siguiendo las huellas de Isidoro. Las vemos patentes desde el poema de Fernán González a la *Crónica General*, del rey sabio, en las Partidas, en el septenario.

Más directo es su influjo en la enseñanza, que todavía,

en el 960, en la escuela isidoriana de Ausona, se formó el fraile español Gerberto, luego Papa, con el nombre de Silvestre II.

ROSARIO S. SEIJAS.

#### BIBLIOGRAFIA

- ARAÚJO COSTA: *San Isidoro, arzobispo de Sevilla*. Madrid, 1942.
- BOURRET, J. C. E.: *L'Ecole chrétienne de Seville sous la monarchie des visigoths*. París, 1855.
- BREHAUT, E.: *An Encyclopedist of the Dark Ages Isidore of Seville*. London, 1912.
- CAÑAL, CARLOS: *La Escuela cristiana de Sevilla durante la dominación visigoda.—San Isidoro*. Sevilla, 1894.
- DUMESNIL: *Etudes sur la vie, les oeuvres et le temps de St. Isidore de Seville*. París, 1843.
- LECLERQ, L.: *L'Espagne chrétienne*. París, 1906.
- MENÉNDEZ Y PELAYO: «San Isidoro». Discurso leído en la Academia Hispalense.
- MENÉNDEZ PIDAL: *España visigoda*.
- PÉREZ PUJOL: *Historia de las instituciones sociales de la España goda*. Valencia, 1896.
- PÉREZ DE URBEL: *San Isidoro de Sevilla*. Madrid, 1940.
- SCHMECKEL, A.: *Isidorus von Sevilla, sein System und sein Quellen*. Berlín, 1914.
- SEJOURNÉ, PAUL: *Le dernier Père de l'Eglise, Saint-Isidore de Seville*. París, 1929.

## S U M M A R Y

The barbarians' rule made disappear the official Roman teaching, and the Spanish Church, the only institution fit for it, took charge of the pedagogical problem. At the end of the VIth. century there was an extraordinary, outstanding figure, St. Isidoro, Bishop of Seville, a man with an exceptional erudition, who devoted all his life to the cultural and moral improvement of the Spanish clergy and made use of them as a lever to rise the spiritual and scientific prostration of the Gothic people. Their works, that were intended in their greatest part to serve as a textbook in his school in Seville and in other schools of the Peninsula of its type, included the whole knowledge of that time, but his moral works were more important for education and some of them, as the *Sentencias* retain their validity and were imitated until the dawn of the Renaissance.